

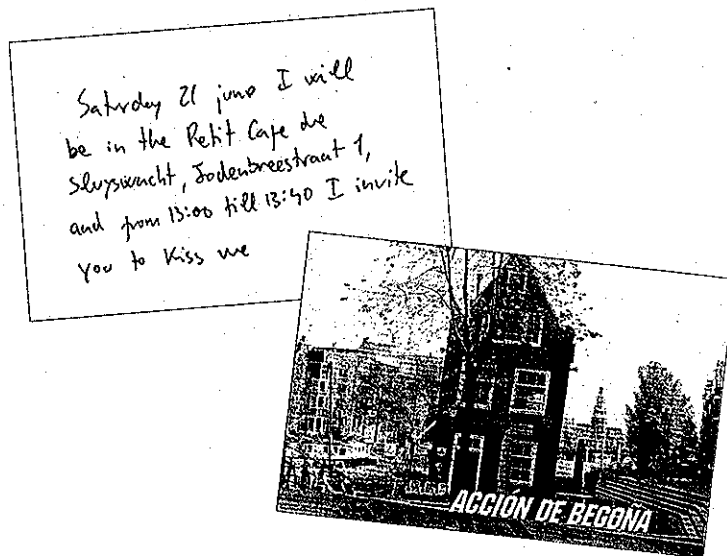
BEGOÑA MUÑOZ

Kiss, 1997

Los trabajos de Begoña Muñoz no responden a un estilo propio. Su manera de afrontar los proyectos se basa en el replanteamiento constante, del contexto, de su aproximación, del papel del espectador o de los canales de comunicación. Una exposición organizada por ella en Amsterdam, que exploraba la noción de fracaso, parece ser una premisa que aparece, de forma más o menos reiterativa, en sus trabajos. A menudo, sus propuestas se convierten en ficciones temporales. Así, en el 2000, transformaba la sala de exposiciones Montcada de la Fundación "la Caixa", en un pasaje de la vía pública, de manera que modificaba completamente los códigos de uso y comportamiento. En el mismo año, en la exposición *Blinds*, en Ellen de Bruijne Projects, en Amsterdam, invitaba a los visitantes de la galería a vivir la experiencia como personas ciegas.

Su trabajo más reciente ha consistido en la producción de un CD de música, en el que la artista asume el papel de cantante. Este proyecto, que inició hace casi tres años, partió de la voluntad de hacer un experimento social en un medio tan competitivo como es el de la música. Este planteamiento pone en evidencia cómo la práctica artística es uno de los últimos reductos de autonomía y libertad en nuestra sociedad. Begoña Muñoz quería ser cantante y, en su calidad de artista, y sin evaluar su talento o su competencia en el ámbito musical, pudo proponer dicha idea a Consonni, la institución que pudo canalizar dicho proyecto.

En 1997, la artista hizo una de sus *performances* espontánea y no anunciada, *Kiss*. Se trata de una serie de *performances* planteadas como eventos, que son escasamente documentados y de las que



posteriormente quedan pocos rastros. En el reverso de un *flyer* en el que aparecía la imagen de un conocido café de Amsterdam, la artista escribía: «El sábado 21 de junio estaré en el Petit Café de Sluyswacht, de 1 a 1.40 de la tarde te invito a besarme». Las pequeñas fotografías, también de apariencia y planificación espontáneas muestran el interior del café con un grupo de personas bebiendo y pasándose bien. La celebración de un acto íntimo, el beso, en un espacio público y social como es un café, como declaración artística y sin informar a nadie más que a los amigos más próximos, evidencia, una vez más, cómo ciertos actos privados todavía pueden encontrar un espacio secreto, de una manera amigablemente subversiva, en la esfera pública. De nuevo la percepción convencional del papel del artista y del público es cuestionada. El trabajo se convierte en un momento de comunicación efímero, que huye de cualquier intento de preservación.